

Un Alegato Pacifista

Los que se extrañaban de que la última contienda no hubiera inspirado una más amplia literatura de denuncia bélica y militarista, tal como la tuvimos después de la primera guerra mundial, tienen en esta novela de Moravia un desmentido a sus inquietudes (1). Porque no es sólo una cruel visión realista de la vida campesina durante la guerra, presentada con detallada aspereza, sino que la novela está animada por una explícita vocación de denuncia anti-militarista. Tan decididamente se presta a ello Moravia, que rompe muchas veces la verosimilitud de su relato para analizar críticamente la realidad a través de las opiniones de uno de los personajes, Michele, hijo de campesinos y profesor de literatura.

La obra comienza por instalarse en una precisa ubicación histórica que le permita un análisis privilegiado de su tema. Elige para eso un período que hasta ahora no había explotado la literatura italiana: aquel que va de la caída del régimen fascista de Mussolini, a la liberación de Roma por parte de los aliados, y durante el cual detentaron casi exclusivamente el poder los alemanes. A ello agrega una ubicación geográfica igualmente privilegiada, pues la acción de la novela transcurre a mitad de camino entre Roma y Nápoles, exactamente detrás de la línea Gustavo que sirvió de defensa a los alemanes contra el avance aliado y cuyo punto de apoyo estaba constituido por el famoso y enteramente destruido monasterio de Monte Cassino. En tercer término elige como personajes a los más típicos y característicos de la zona, de tal modo que la presencia agobiante y concreta de la guerra se verá a través de las sucesivas reacciones de un conjunto de campesinos y refugiados, algunos prohombres de aldea, y una heterogénea fauna de soldados de todas las procedencias —hay ingleses, alemanes, rusos, franceses, americanos y africanos— que van pasando por los miserables caseríos de las montañas donde durante nueve meses se guarecen los italianos a la espera de una liberación en que depositan ingenuas y vanas esperanzas.

Esto revela en Moravia no sólo la denuncia ácida de la guerra, sino más hondamente una explicación de la actitud de su pueblo; explicación de su pasividad ante un conflicto al que sólo prestaron el suelo patrio, y que presenciaron, codiciosos e ignorantes, negándose a comprender la remoción que traía a la vida humana. Porque Moravia intuye que la raíz de la nacionalidad italiana está en esta condición de ser campesino, tal como lo dice buenamente Cesira: "los campesinos son los hombres más viejos que existen en el mundo..." Esta especie de eternidad o terca sobrevivencia del hombre fuertemente ahincado en una realidad telúrica, es la que les da, según piensa Moravia, su riqueza vital, su profundidad, una verdad todavía confusa. Porque a pesar de la infinita ignorancia, a pesar de los errores acumulados implacablemente a lo largo de la novela, el joven Michele no se equivoca cuando dice: "Hoy los que leen y escriben y viven en las ciudades y se las dan de señores son los verdaderos ignorantes, los verdaderos incultos, los verdaderos bárbaros. No hay nada que hacer con ellos. En cambio con nosotros, con los campesinos, es posible volver a empezar todo". Un solo signo basta para esta determinación ética: son los hombres de las ciudades quienes han promovido la guerra y son los campesinos quienes la rehuyen.

Una campesina, Cesira, trasladada a la ciudad desde la campiña napolitana, casada en Roma donde ha tenido una hija, Rosetta, y ha perdido a su marido, mujer negociante, desconfiada, egoísta y codiciosa, es el personaje típico de una clase social, que utiliza Moravia para su proceso de interpretación y revelación de una realidad histórica. Después de enriquecerse con el mercado negro, abandona la capital para refugiarse en el campo y durante nueve meses vive miserablemente en las montañas cercanas a Fondi a la espera de la liberación, son esos nueve meses los que permiten la gestación de una nueva posibilidad humana.

No se piense en ningún optimismo simplista de literatura social. Moravia, a quien se ha designado muchas veces como un moralista sin moral, apela aquí a un entendimiento de la vida que tiene sus raíces en la enseñanza evangélica, y utiliza como modelo explicativo la historia de Lázaro en su más estricta literalidad. En un arrebato se los grita Michele

ese frustrado sacerdote que Moravia maneja como una marioneta a los efectos de una explicitación categórica de su ideas: "Cada uno de ustedes es Lázaro, y yo, leyendo la historia de Lázaro, he hablado de ustedes, de cada uno de ustedes. Todos estamos muertos y creamos estar vivos. Mientras creamos estar vivos porque tenemos nuestros paños, nuestros temores, nuestros negocios, nuestras familias, nuestros hijos, estaremos muertos, y sólo el día en que comprendamos que estamos muertos, más que muertos, putrefactos, descompuestos y pestilentes, sólo entonces empezaremos a vivir un poco".

Ese campesino italiano es la materia de la que saldrá el hombre nuevo, pero sólo en la medida en que reconozca auténticamente su miseria, cuando rompa ese falso optimismo en que vive, aferrado egoístamente al mero principio de una sobrevivencia material (que Moravia realza con las constantes descripciones de las comidas y de los esfuerzos para almacenar víveres y más víveres y reconozca su situación de hombre semejante a otros hombres. Cesira, la campesina segura y egoísta que sale de Roma en el otoño de 1943, y Rosetta, su hija, ejemplo de inocencia casi santa y cuidadosamente salvaguardada del contacto del mundo real, regresarán transformadas en una ladrona y una prostituta, después de nueve meses en que se ha resquebrajado y pulverizado junto con la guerra su beatífica concepción de la vida. Pero es a partir de esta miseria que Moravia comienza a esperar de ellos, porque han dejado de estar muertos para la piedad, y a través del dolor y el personal padecimiento acceden a un mundo más verdadero; resucitan.

La guerra es la experiencia más dura para la conciencia moral, como lo descubre Cesira: "a los hombres habría que conocerlos en guerra y no en paz; no cuando existen leyes y hay respeto por los otros y temor de Dios; sino cuando todas estas cosas ya no existen y cada uno obra según su propia y verdadera naturaleza, sin frenos ni miramientos". La más frenética codicia se desata entre estos hombres; se rompen los sagrados principios tradicionales, se roba, se negocia, se delata; los hombres se humillan o se prestan a una vergonzante inmoralidad, y lo único que los mueve es el afán de sobrevivir como meros cuerpos ansiosos de satisfacción.

Este es el mundo, parece decir adustamente Moravia, que lleva a Cesira de la mano, como Voltaire a su Cándido, para que tropiece en todas las piedras necesarias hasta que abra los ojos. La última y la más cruel, es el reconocimiento del error de la pureza a que ella se aferraba con respecto a su hija Rosetta, porque esta muchacha que es casi un modelo de santidad se transforma totalmente, una vez que es violada en un templo por un destacamento de soldados marroquíes, en una prostituta ansiosa. "La pureza no es simplemente una cosa que se recibe al nacer —piensa esta Cesira ya sabia en exceso— sino que se adquiere a través de las pruebas que nos impone la vida."

Esta recorrida temática de la novela, no dice para nada; el virtuosismo narrativo que revela Moravia en su plenitud; no tanto en Cesira, donde la falsedad psicológica es muchas veces flagrante, así como en Michele, sino en el amplísimo pueblo que los acompaña; en el suceder, riquísimo de inventiva, que va encadenando las trecientas páginas del libro; en la felicidad del retrato de tipos populares y de situaciones desarrolladas con esa apatencia artística del mundo concreto que adquiere tan alta temperatura en el italiano. Las fallas de la estructura general del relato, el exceso explicativo a través de las reflexiones de esta campesina que cuenta su historia, no oscurecen la sensibilidad narrativa de Moravia, su captación cada vez más tensa y rápida de la vida, y este universo coherente y vívido en que ha centrado su creación literaria. Al terminar la novela se puede pensar que no hay actualmente en Europa ningún novelista que domine con tal suelta pericia el género narrativo.

Angel Rama

(1) Alberto Moravia: *La Campesina*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1959, 326 ps. Traducción de Attilio Dabini.